

Belgrano en la Revolución

NORBERTO GALASSO

Manuel Belgrano, ¿desde dónde?

Mucho se ha escrito sobre Manuel Belgrano y muchos homenajes se le han rendido, pero desde distintas perspectivas. En la efeméride escolar fue “El creador de la bandera”; para algunos historiadores fue el gran soldado vencedor en las batallas de Tucumán y Salta; para algún pedagogo fue el propulsor de la educación y el donante de sueldos para construir cuatro escuelas; para alguna maestra idólatra de la conducta moral fue el hombre más puro de nuestra historia. Otros optaron por pasar distraídamente por algunos momentos de desorientación del General, como si alguna contradicción pudiese ensombrecer su gloria.

Los menos se dedicaron a chismorrear sobre sus tres amores principales: María Josefa Ezcurra, Isabel Pichegru y Dolores Helguera. Hubo también quienes lo consagraron el primer periodista de nuestra historia. También alguien prefirió señalar su entereza moral y patriótica para superar enfermedades dolorosas y proseguir en la lucha.

Todos ellos han sido modos de rendirle homenaje y de mostrarlo como ejemplo a los argentinos, lo cual justifica esas visiones parciales. La historiografía mitrista, por su parte, lo consideró un prócer de Buenos Aires.

Quizás todos han tenido parte de razón, pero dadas sus diversas actividades y jerarquías quizás resulte de alguna utilidad intentar aprehenderlo desde el punto de vista de su época, de las luchas de su tiempo. De ahí la ocurrencia de abordar a Belgrano inserto en la revolución, bregando en medio de transformaciones complejas e incluso a veces contradictorias. Por eso hemos preferido este camino. No por pretender originalidad,

sino por hacer más comprensible su importancia en los distintos entretiros que le tocó intervenir en sus cincuenta años de vida. Así también es posible insertarlo en los acontecimientos otorgándoles suma importancia y quizás no dándole demasiada a las anécdotas reiteradas en los libros de estudios primarios, como ese discutible enfrentamiento con Dorrego, sólo proveniente de las interesadas memorias de Lamadrid. Y concluir en un Belgrano, como San Martín y Bolívar, hijos de la Revolución Francesa y de la revolución española de 1808, e idólatras de la libertad, la igualdad y la fraternidad, banderas tan tergiversadas luego por políticos de corto vuelo. Esto nos permite apreciar un Belgrano del pasado que nos conduzca al futuro como continuadores de sus altos ideales.

Arrancamos, pues, por la Revolución Francesa, que agitando las banderas mencionadas dejó atrás un mundo de noblezas de cuna, servidumbres, minorías enriquecidas y pueblos subyugados, para introducimos en una nueva época, en la cual se dieron las luchas por lo que San Martín llamaba “el evangelio de los derechos del hombre”. Bajo su influjo –malversado por la burguesía– vivió Belgrano, y todavía hay derechos por conquistar, por lo cual lo consideramos un compañero de lucha.

Un hijo de la Revolución Francesa y de la Revolución Española de 1808

En 1786 Manuel, con dieciséis años y acompañado de su hermano Francisco José María, llegó a Europa que vivía la antesala de la Revolución. Tres años después, cayó la Bastilla en Francia. Rodaron cabezas de los reyes estremeciendo los corazones de hombres y mujeres en todo el mundo y esa revolución, que pasó a inundar su mundo de ideas y de emociones, signó su vida: derecho del pueblo de designar a las autoridades, derecho de pensar y escribir libremente, de transitar y gestar proyectos nuevos. Si bien la burguesía malversaría luego la revolución de los intelectuales rebeldes y de “los desarrapados de París”, alcanzó un no-

table influjo en los años posteriores a 1789.

Esas banderas de la Revolución Francesa se expandieron por el mundo y produjeron grandes cambios, a tal punto que en España el decadente Carlos IV se encontró con que su propio hijo Fernando promovió el motín de Aranjuez para desplazarlo como monarca e instituir formas democráticas de gobierno.

Después de un breve periodo en la Universidad de Salamanca, cursaba en la universidad de Valladolid en ese apasionante 1789 cuando los desharrapados de París ingresaron a la escena de la política y en la noticia mundial. Proveniente de un hogar profundamente católico, Manuel recibió la influencia de esos aires de la vecina Francia durante los años en que buscaba caminos en la península (1786-1794). Las nuevas ideas lo conmovieron como a tantos jóvenes de esa época. Lo recuerda en sus memorias: “Como en la época de 1789 me hallaba en España y la Revolución Francesa hiciese la variación de ideas y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y solo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido. . .” (*Memorias de Belgrano*). Las críticas al viejo régimen, esparcidas desde años antes por los enciclopedistas, recorrían ahora el mundo y en especial esa España vecina a los acontecimientos. Así Belgrano accedió a las ideas de Rousseau, Montesquieu, Voltaire y tantos otros autores subversivos y peligrosos según los antiguos académicos.

En el Alto Perú, el joven Mariano Moreno se nutrió también de las nuevas propuestas, a escondidas en la biblioteca de su protector, el canónigo Terrazas, donde este conservaba los “libros prohibidos” como privilegio de los integrantes de la jerarquía católica, Belgrano llegó a las mismas ideas por otra vía: no utilizando la picardía sino enviando una solicitud al Pontífice Pío VI quien le concedió en 1790 la autorización para leer y analizar esos libros “condenados”, con algunas limitaciones en cuanto a la difusión de esas ideas. A las enseñanzas de los filósofos de la revolución se

sumaron, así, los nuevos planteos que en economía le llegaron de Quesnay, Smith, y Ricardo, que sentaron las bases de la concepción fisiócrata y clásica de la economía.

En España circulaban las nuevas ideas que las banderas de esa Revolución Francesa que se expandía por el mundo y produjo transformaciones profundas. Las ideas se habían esparcido por la sociedad española y allí estaba Manuel Belgrano, quien regresó a Buenos Aires en 1794 para integrar el Consulado de Buenos Aires.

El antiabsolutismo de Belgrano

En esa Buenos Aires de fines del siglo XVIII, Belgrano anudó relaciones amistosas con hombres de su generación, influidos en mayor o menor medida por las ideas que provienen de la Francia revolucionaria de 1789. Ello lo condujo a una posición política de cuestionamiento del orden del virreinato. Sin embargo, su progresismo no era antiespañolismo. Juan José Castelli se formó ideológicamente junto a su primo Manuel Belgrano, tanto en funciones administrativas como en las colaboraciones de *El Telégrafo Mercantil*, que dirigía Hipólito Vieytes. También otra de las grandes figuras de la época, llegado al país en 1812, cubrió su trayectoria con una concepción antiabsolutista, pero no antiespañola, producto de la cultura hispánica absorbida desde sus seis a sus treinta y tres años: se trata de José Francisco de San Martín. Aquí también se verificó la coincidencia de nuestros patriotas con las Juntas revolucionarias de España surgidas en 1808 (antiabsolutistas, en tanto bregaban por los derechos del hombre y repudiaban el autoritarismo, la Inquisición y los títulos de nobleza).

Las lecturas de esa generación fueron no solo los filósofos y constitucionalistas franceses, desde Rosseau, D'Alembert, Voltaire y Montesquieu, sino también Jovellanos, Campomanes y Flores Estrada, que nutrieron ideológicamente a las Juntas populares españolas de 1808. Asimismo, su nacionalismo hispanoamericano

sería precisamente el punto de partida de su entendimiento con Castelli y Moreno y, luego, con Güemes y San Martín, invocando en sus proclamas a la Patria Grande.

Ante las Invasiones Inglesas

En una de sus habituales tropelías, el Imperio Británico desembarcó sus fuerzas en la localidad de Quilmes el 25 de junio de 1806, simulando que se trataba simplemente de la ocurrencia personal de un almirante. Sin embargo, ya años antes Middelton y Vinsitart le habían presentado al rey sendos proyectos para apropiarse de las tierras españolas en América, como hemos referido con detalle en *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín* (Galasso, 2000).

Días antes de la invasión, se le había encargado a Belgrano la formación de una milicia ante las versiones de una posible intervención extranjera, pero él poco conocía de armas y de reglamentos militares como para proceder a construirla, aunque tiempo atrás había mantenido una breve vinculación con las milicias.

Al producirse la invasión, el joven fue presa de la ira, según lo recuerda en sus *Memorias* (Belgrano, 1960):

Conducido del honor, volé a la fortaleza, punto de reunión: allí no había ni concierto en cosa alguna, como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación a algunas. Allí se formaron las compañías y yo fui agregado a una de ellas, avergonzado de ignorar hasta los rudimentos más triviales de la milicia... No habiendo tropas veteranas, ni milicias disciplinadas que se opusieran al enemigo, éste venció en todos los pasos con la mayor facilidad.... Yo mismo he oído decir: Hacen bien en disponer que nos retiremos pues nosotros no somos para esto...

El virrey Sobremonte, a su vez, dio el mayor ejemplo, reuniendo caudales y huyendo hacia el interior. Belgrano se sintió herido en lo más hondo (Belgrano, 1960):

Confieso que me indigné y que nunca sentí más haber ignorado hasta

los rudimentos de la milicia, (...) cuando vi entrar tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires. Esa idea no se apartó de mi imaginación y poco faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza. Me era muy doloroso ver a mi patria bajo otra dominación y sobretodo en tal estado de degradación que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual era la del bravo y honrado Beresford cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa.

Dominada la situación, Beresford exigió a todos los funcionarios la jura de obediencia al nuevo gobierno, por lo que se sometieron al Rey Jorge II de Gran Bretaña. Belgrano concurrió al Consulado y mantuvo una controversia con el resto de sus integrantes, quienes se prestaron complacientes al juramento. Se retiró entonces enojado, dio parte de enfermo y logró huir a Montevideo para encontrarse con las fuerzas de resistencia que organizaba Liniers.

Producida la reacción de las fuerzas criollas, Beresford se rindió. Un retrato así lo consigna, años después, en la Casa Rosada. El presidente Hipólito Yrigoyen se complació en hacer esperar al embajador inglés en un salón presidido por ese retrato, que eterniza la rendición del general inglés entregando su espada.

Sin embargo, los ingleses no tardaron en repetir la hazaña aventurera y el 28 de junio de 1807 invadieron de nuevo, ahora comandados por el general Whitelocke. Belgrano, regresado a Buenos Aires después de la rendición de Beresford, recuerda en sus memorias que participó en una de las columnas de la resistencia. Esa vez el protagonismo popular fue decisivo y las fuerzas británicas debieron retirarse. La ingenua versión escolar de que se arrojaban ollas de aceite hirviendo desde las azoteas de las casas sobre los invasores, parece ir cediendo ante la idea de que se trataba de botellas con aceite hirviendo que estallaban al reventar contra el suelo o sobre los soldados británicos. Esto significaría que, en cierto modo, los criollos fueron los primeros en usar algo parecido a las llamadas “bombas molotov” que acompañan luego muchas revueltas de los pueblos en América Latina. En esa ocasión, Belgrano recuerda que conversó con un oficial extranjero

y le dijo, según Bartolomé Mitre en su *Historia de Belgrano y la independencia argentina*: “Queremos al amo viejo o a ninguno. Pero nos falta todavía mucho para aspirar a la empresa” (Mitre, 1858: 81).

Belgrano en el carlotismo

La gloriosa resistencia de españoles y criollos a la pretensión británica no fue sujeta a profundas reflexiones por los historiadores. La interrogación que cabe es: si nosotros éramos colonia explotada por el imperio español, ¿por qué no aprovechamos la situación, derrotadas las fuerzas británicas, para declararnos independientes?

La respuesta resulta muy importante cuando caracterizamos a la revolución de Mayo como movimiento separatista, antiespañol, según el mitrismo. Juan Bautista Alberdi fue uno de los primeros en disentir: “La revolución de Mayo es un capítulo de la revolución hispanoamericana, así como ésta lo es de la española [de 1808] y ésta, a su vez, de la revolución europea que tenía por fecha liminar el 14 de julio de 1789 en Francia, es decir, no fue inicialmente separatista, sino democrática, reemplazando al virrey por una Junta elegida por el pueblo.

Esta interpretación de Alberdi fue retomada por algunos historiadores como José León Suárez, Julio V. González, Augusto Barcia Trelles y Enrique Rivera. Entre ellos se destaca Manuel Ugarte quien, al caracterizar a la revolución de Mayo, reflexionó que ese movimiento era, por sobre todo, democrático antes que separatista, a favor de la voluntad popular y no contra España, porque:

Ninguna fuerza puede ir contra sí misma, ningún hombre logra insurreccionarse completamente contra su mentalidad y sus atavismos, ningún grupo consigue renunciar de pronto a su personalidad para improvisarse por otra nueva. Españoles fueron los habitantes de los primeros virreinos y españoles siguieron siendo los que se lanzaron a la revuelta (en

1810). Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en intimaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fue a causa de la inflexibilidad de la Metrópoli. Pero en ningún caso puede decirse que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad. ¿Cómo iban a atacar a España [en 1810], los mismos que en beneficio de España habían defendido, algunos años antes, las colonias contra la invasión inglesa? ¿Cómo iban a atacar a España los que, al arrojar del Río de la Plata a los doce mil hombres del general Whitelocke, habían firmado con su sangre el compromiso de mantener la lengua, las costumbres y la civilización de sus antepasados? Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje fue porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno, profundamente conservador negaba a todos, no sólo a las colonias, sino a la misma España...No nos levantamos contra España sino en favor de ella y contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir (Ugarte, 1922: 23).

Quienes, como Manuel Belgrano, defendieron el derecho de los hombres de esta tierra de autogobernarse frente a la prepotencia británica no pensaban en la secesión, que nacería recién años después, cuando en 1814 la revolución democrática se frustró en la península y regresó el absolutismo, con sus nobles y su Inquisición.

Esa interpretación explica también la conspiración para que la princesa Carlota Joaquina, la hija de Carlos IV, ocupara una regencia en el Río de la Plata, operativo en el cual se comprometió Belgrano. No se trataba de coronar a los portugueses en estas tierras, sino de una regencia desde la cual Carlota se comprometería a desarrollar una política de libertades y derechos, privilegiando el respeto a la voluntad popular, a la educación y el mejoramiento de las condiciones del pueblo. El historiador Julio C. Chaves considera que Castelli fue el primero en impulsar esta tentativa, a la cual se sumaron Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes y Antonio Luis Beruti, quienes firmaron un manifiesto auspiciando esa regencia. Este historiador valora dicho manifiesto como uno de los documentos principales del proceso revolucionario, pues sostiene el cese de la calidad de colonia, la elevación de los oprimidos, justicia igual para todos, repartimiento de la

riqueza, una buena administración por parte del Tesoro que permita contar con ingresos superabundantes y no haya necesidad de recargar con impuestos (Chaves, 1957: 97).

Belgrano se sumó con entusiasmo o lo propuso él mismo, aunque parecería que su primo Juan José Castelli fue el principal promotor de este proyecto. En esta negociación, Belgrano tomó contacto con Liniers, le escribió a Carlota Joaquina e incluso redactó un manifiesto a los pueblos asegurando los beneficios de estos cambios. El proyecto se frustró cuando Gran Bretaña suscribió un acuerdo con España y uno de sus promotores, el almirante inglés sir Sidney Smith, le retiró su apoyo ante la retractación de la princesa. Este intento dio lugar después a un juicio llamado “Causa reservada”, en el que Castelli defendió los derechos de estos pueblos a autogobernarse, de igual manera que lo hicieron las Juntas en España. Puede considerarse que hubo cierta ingenuidad, falta de previsión y prudencia por parte de sus promotores, lo que llevó al desaire de la Carlota y a la frustración.

Uno de los hechos que torna discutibles estas gestiones es la intermediación de Saturnino Rodríguez Peña, hombre muy ligado a los ingleses, de los cuales recibía una importante pensión. Saturnino, quien disentía con su hermano Nicolás, había intervenido en la fuga de Beresford después de ser derrotada su invasión y sus antecedentes ensombrecen la legitimidad patriótica de este movimiento. Belgrano y Castelli descuidaron, en este caso, las prevenciones que correspondían dada esa intervención y se comprometieron con ese movimiento.

En su *Autobiografía*, Belgrano (Belgrano, 1960) afirma:

Entonces fue que no viendo yo un asomo de que se pensara en constituirnos a los americanos, prestando una obediencia injusta a unos hombres que por ningún derecho debían mandarlos, trató de buscar los auspicios de la infanta Carlota (hermana de Fernando VII) y de formar un partido a su favor, oponiéndome a los tiros de los déspotas que estaban en el mayor anhelo para no perder sus mandos y lo que es más, para conservar a América dependiente de la España aunque Napoleón la dominara pues a ellos les interesaba poco o nada, ya sea Borbón, Napoleón u otro cualquiera, si América era colonia de España. Solicité

pues, la venida de la infanta Carlota y siguió mi correspondencia desde 1808 hasta 1809 sin que pudiese recabar cosa alguna.

Posteriormente al rechazo de la segunda invasión, Belgrano se reincorporó al Consulado. Repartió entonces su tiempo entre las tareas en el Consulado, sus colaboraciones periodísticas y también algunas prácticas militares que entendía necesarias incorporar a sus conocimientos por si se reiteraba la codicia de los británicos. En el Consulado, redactó su última memoria fustigando acremente el contrabando y cesó en sus funciones el 14 de abril de 1810.

El Correo del Comercio

Entre los últimos meses de 1809 y los primeros de 1810 nació el proyecto de sostener una publicación desde la cual difundir, además de noticias acerca del comercio y el movimiento del puerto, algunas de las nuevas ideas que sustentaban. Probablemente, dado que Belgrano ya había tenido una experiencia en el periodismo colaborando en *El Telégrafo Mercantil*, fue designado para asumir la responsabilidad de concretar el proyecto. El periódico se llamó *El Correo del Comercio*.

Dicho periódico apareció en esos primeros meses del año diez, bajo la responsabilidad de Belgrano, quien lo dirigió hasta su marcha a la compañía del litoral y Paraguay.

Desde ese órgano de prensa, difundió las cuestiones fundamentales relacionadas con los problemas económicos revelando una vez más que adaptó sus conocimientos en esa materia, adquiridos en Europa, a los rasgos específicos de la incipiente trama productiva de nuestra región. Asimismo, incursionó en la cuestión social.

En uno de sus artículos, bregó por la unión y la solidaridad en la producción –algo así como el desarrollo de cooperativas– criticando a su vez a los sectores ricos que vivían en forma parasitaria:

“No escandaliza que un poseedor de terrenos inmensos, los más de ellos abandonados, prive a sus conciudadanos de una porción de tierra a las orillas de un río navegable, para que salgan sus ganados en pie para matarlos, cuando por ese medio ahorrarían los gastos inmensos de conducciones en unos países de tan poco arbitrios”.

En otro artículo, planteó que era tarea del gobierno “prevenir la miseria de sus conciudadanos” y que, para ello, era preciso proteger “a la industria nacional”. En los artículos referidos al comercio, insistió en la necesidad de estimular el desarrollo de un poderoso mercado interno, así como evitar las importaciones superfluas o que pudieran producirse en nuestras tierras, como también favorecer las exportaciones de los productos que excedieran el consumo local. Asimismo, volvió sobre su concepción ya expuesta en el Consulado acerca de la conveniencia de elaborar las materias primas para dar trabajo al pueblo y evitar las exportaciones de materias primas que solo favorecían el trabajo del extranjero.

La Revolución en España y en Hispanoamérica

Desde 1809, Belgrano se insertó en la conspiración. Reuniones todos los días, políticas, intentos de persuasión a los más timoratos. Los acontecimientos de la península se vivían día a día. España estaba casi totalmente ocupada por los franceses. Los acontecimientos externos e internos comenzaban a gravitar cada vez más decididamente sobre Belgrano y sus amigos. El primero de enero de 1809 se produjo el alzamiento de Álzaga —en el cual participó Moreno— en nombre de la constitución de organismos políticos con representación popular, pero ideológica y económicamente marcados por la condición de su jefe: hombre de derecha y gran monopolista. Este alzamiento fue sofocado por la acción del regimiento de Patricios. Además, ese año se produjo el levantamiento liderado por Pedro Domingo Murillo en Chuquisaca, aplastado sangrientamente por las fuerzas absolutistas del virrey

Abascal. Hubo otro suceso muy importante: el 22 de enero de 1809 la Junta Central de Sevilla reconoció esas tierras de América como provincias y no como colonias: “Los virreinos y provincias no son propiamente colonias o factorías, como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española... y en su mérito, deben tener representación nacional inmediata y constituir parte de la Junta a través de sus diputados” (Gandía, 1960: 41). La Junta Popular de Cádiz fue más allá y sugirió a los americanos que reemplazaran a los virreyes y eligieran a sus nuevos representantes.

Esas resoluciones de las Juntas revolucionarias de España fueron y son ignoradas por muchos historiadores argentinos que recurren a una supuesta “máscara de Fernando VII”, hoy insostenible, para justificar que los hombres de Mayo jurasen lealtad al rey de España y que la bandera española flameara en el Fuerte de Buenos Aires hasta avanzado el año 1813.

Esas Juntas populares nacidas en España, en la lucha asumieron no sólo la reivindicación nacional, sino la reivindicación democrática y transformadora: el movimiento se impregnó de la ideología liberal expandida por la Revolución Francesa que había prendido en pensadores, políticos y soldados españoles y asumieron como referente a un hombre prisionero del invasor francés que tenía derecho a gobernar España, por la vieja legalidad monárquica, pero que se manifestaba abanderado de las nuevas ideas democráticas: Fernando VII. Asimismo, convocaron a las tierras de América a considerarse provincias –no colonias– con igualdad de derechos, instándolas a que se organizaran en juntas (28 de febrero de 1810) confiando en que de este modo se aseguraría la resistencia a las pretensiones francesas.

Ante esta convocatoria, los pueblos de Hispanoamérica reaccionaron organizando Juntas en nombre de Fernando VII que desplazaron a la burocracia virreinal. Pero las Juntas americanas no tenían frente a ellas al ejército francés, sino su amenaza. De modo tal que la cuestión nacional no nutrió, desde el principio, su

contenido ideológico. La lucha del siglo XIX no se centró entonces en el conflicto español-indio, como contradicción fundamental originada en la conquista, sino en otro conflicto: el de los reyes que imponían su ley y sus representantes al pueblo hispanoamericano (de la misma manera que la imponían al pueblo español en la península) y frente al cual surgió la reivindicación popular de españoles, criollos e indios, oprimidos económica, social y políticamente. La opresión no era de un país extranjero sobre otro grupo racial y culturalmente distinto (cuestión nacional), sino de un sector social sobre otro, dentro de una misma comunidad. Para eso, la consigna central en América fue crear Juntas, como en España, y en los diversos estallidos populares se juró la toma del poder en nombre de Fernando VII (la historia mitrista omite que French y Beruti repartieron estampas con la efigie de Fernando VII en Plaza de Mayo e inventó la ingenua “máscara de Fernando VII” para ofrecer una revolución de Mayo antiespañola y fundada en el libre comercio probritánico).

El ideario democrático y antiabsolutista de 1810 se fue transformando en los años posteriores y se tornó independentista a partir del restablecimiento del absolutismo en España en 1814, cuando el mismo Fernando VII traicionó sus banderas democráticas y pretendió, con el envío de dos flotas, recuperar el dominio sobre las tierras de América para devolverlas a su condición de colonias. En esos años, esa transformación fue vivida por Belgrano y San Martín, ambos influidos, especialmente este último, por los años españoles de sus juventudes.

Pero, a principios de 1810, se produjo en España un paso hacia el eclipse de la revolución nacional-democrática: la Junta Central se disolvió y surgió en su reemplazo el Consejo de Regencia. Este acontecimiento puso en evidencia la debilidad de las fuerzas revolucionarias españolas ya no solo frente al invasor francés que ocupa, casi gubernativo. Estos sucesos fueron los que lanzaron a los americanos a la revolución. El espíritu de la España de las Juntas había inundado estos territorios y ya no bastaba con mantenerse expectantes respecto de los cambios que se operaban

en la península, sino que era necesario enarbolar alto la bandera popular, puesto que un doble peligro acechaba: la imposición del poder francés y la restauración del absolutismo español. El Consejo de Regencia, más que la presencia de la revolución, constituía ya una muestra de su probable derrota del liberalismo democrático en España. Esto condujo, en América, a organizarse en Juntas, como lo habían propuesto los revolucionarios españoles ahora jaqueados: constituir un poder popular capaz de hacer frente a la dominación francesa y al absolutismo que amenazaba con renacer, aunque manteniendo el vínculo con los revolucionarios españoles a través de la subordinación al rey cautivo, quien se había manifestado progresista.

Los acontecimientos de Europa determinaron así el destino de los americanos y, por esta razón, la explosión popular asumió, en 1810, al mismo referente de la insurrección española del 2 de mayo de 1808: Fernando VII. Sus antecedentes hacían presumir que podría constituirse en el líder de las reformas políticas y sociales, y liberador respecto de la opresión francesa. Los mismos antecedentes, las mismas causas, iguales razones económicas, sociales y políticas provocan el mismo resultado en todas las principales ciudades hispanoamericanas: “Juntas como en España” era el grito popular. “Viva el rey cautivo de los franceses, también como en España”, resultó la consigna unificadora de quienes rechazaban la opresión francesa y, al mismo tiempo, el viejo orden. Con ese lenguaje se expresó el reclamo de la soberanía popular en Buenos Aires, Santiago de Chile, Caracas, México... Como un reguero de pólvora, la revolución avanzó y envolvió todo en estas tierras de la América morena.

Algunos jefes del bando popular, escépticos respecto de las posibilidades de que España pudiera desasirse de la dominación francesa, entrevieron que en el caso de consolidarse ese sometimiento o regresar el absolutismo, solo se podría ser consecuente con la bandera de la Libertad y de los Derechos del Hombre declarando la independencia. Pero esta resultaba apenas una conjetura, que de modo alguno movilizaba a los amplios sectores

sociales. Lo que unificó la protesta fue, en 1810, la prosecución de la lucha iniciada en Madrid dos años antes y cuyo referente era Fernando VII. Ella se transformaría, recién en 1814, en anhelo de independencia.

En el 25 de mayo

Integrando este proceso revolucionario hispanoamericano, se desataron los acontecimientos en Buenos Aires en mayo de 1810. De un lado, se abroquelaba el mundo viejo, aquel de los blasones nobiliarios y el fanatismo de la Inquisición, del orden y las jerarquías sociales, ranciamente blanco y desdeñoso del indio, del mestizo y del negro, inquieto ante las nuevas ideas que circulaban por el mundo convocando a “herejías” igualitarias. Lo representaba el partido de los godos, acantonado en la Real Audiencia, el Cabildo, la cúpula eclesiástica, la burocracia que rodeaba al virrey y el núcleo de familias ricachonas ligadas al viejo monopolio. Del otro lado, se levantaba un poderoso frente democrático-nacional, en el que confluían el partido de “los tenderos” como expresión de los intereses comerciales librecambistas (criollos y británicos), la pequeña burguesía revolucionaria (arrastrando consigo a los sectores sociales más pobres) y sectores importantes de la fuerza armada. Este frente estaba imbuido de las nuevas ideas democráticas y su objetivo era derrocar al virrey y proceder a la transformación de la vieja sociedad. Pero más allá de esta coincidencia que los amalgama, los diversos sectores que lo integran persiguen sus propios objetivos: unidad frontal contra el enemigo principal y disidencias secundarias o laterales dentro de la alianza, como resultaba habitual en los frentes de liberación. Los comerciantes británicos querían asegurarse la radicación definitiva en este puerto (cuyo permiso concluyó el 18 de mayo de 1810), llave de comunicaciones con el interior y con Europa, y más aún, consolidar la política librecambista, sancionada por Cisneros en 1809, para lograr una sustancial rebaja de las tarifas aduaneras que les permitiera canalizar fuertes importaciones. A su vez, un sector de

criollos comerciantes pro ingleses (“los tenderos”) apuntaba también hacia el libre comercio y la apertura económica, así como a otros negocios derivados de la ocupación del aparato del Estado, en muchos casos mercedes de tierras que extendieran su giro al área ganadera. En definitiva, suponían que podrán barrer totalmente los últimos escollos del régimen registreril que otorgaba preferencias a los “godos”. Mientras tanto, la pequeña burguesía aspiraba a concretar proyectos revolucionarios, desde la libertad plena de las ideas hasta el crecimiento económico, desde el otorgamiento de los derechos fundamentales a los indios hasta la fraternidad social otorgando iguales oportunidades a todos los habitantes, sin distinción de razas, credos, títulos nobiliarios, ni prepotencias de dinero. Por último, en la fuerza militar, había sectores de atenuado liberalismo que tendían a compartir objetivos con la pequeña burguesía y el partido de los tenderos (Saavedra, Viamonte), incluso un sector al parecer más reducido, donde ardían pasiones concordantes con el sector revolucionario.

Así alineadas las clases sociales, el sordo enfrentamiento saltó a la luz pública en la segunda mitad de mayo de 1810. No bien se conoció la noticia de la caída de la Junta Central de Sevilla y su reemplazo por el Consejo de Regencia, se encendieron los ánimos revolucionarios y los sectores populares se lanzaron a reclamarle al virrey Cisneros que convocara un Cabildo Abierto para que, en asamblea, se tomaran las decisiones. El virrey, presionado por el tumulto y el temor de sus burócratas, aceptó finalmente convocar un Cabildo Abierto que se realiza el 22 de mayo de 1810. Belgrano participó activamente en este reclamo y asistió a la reunión. En algunos relatos, apareció en un papel protagónico. Mitre lo señala así (Belgrano, 1960):

Belgrano y el capitán de infantería don Nicolás de Vedia ocupaban el extremo del escaño. Belgrano era el encargado de hacer la señal con un pañuelo blanco en el caso en que se tratase de violentar la asamblea. Una porción de patriotas armados estaban pendientes del movimiento de su brazo y prontos a transmitir la señal a las que ocupaban la plaza, las calles y las escaleras de la Casa Consistorial” (Mitre, 1858: 119).

El mismo Belgrano lo recuerda así, en sus memorias: "Una porción de hombres estaban preparados para, a la señal de un pañuelo blanco, atacar a los que quisieran avasallarnos, otros vinieron a ofrecérsese, acaso de los más acérrimos contrarios después por intereses particulares, pero nada preciso, porque todo caminó con la mayor circunspección y decoro.

Otro testimonio proviene de los recuerdos de Tomás Guido:

La situación cada vez representaba aspectos más siniestros. En estas circunstancias, el señor Manuel Belgrano, mayor del regimiento de Patricios, que vestido de uniforme escuchaba la discusión en una sala contigua, reclinado en un sofá, casi postrado por largas vigiliass observando la indecisión de sus amigos, púsose de pie y súbitamente y a paso acelerado y con el rostro encendido por el fuego de su sangre generosa, entró en la sala del club del comedor de la casa del Sr. Peña y lanzando una mirada altiva dijo: "Juro a la patria y a mis compañeros que si, a las tres de la tarde del día inmediato, el virrey no hubiese sido derrocado, a fe de caballero, yo lo derribaré con mis armas. Profunda sensación causó en los circundantes, tan valiente y sincera resolución". Las palabras del noble Belgrano fueron acogidas con fervorosos aplausos.

Producida la votación, el virrey fue derrotado y se decidió que la autoridad máxima recayese en el Cabildo. De allí surgió la formación de una nueva junta en reemplazo de Cisneros, integrada por un sacerdote (Solá), un comerciante (Incháurregui), un militar (Saavedra) y un abogado (Castelli), es decir dos representantes del absolutismo y dos del reclamo popular, pero la Junta tenía un quinto miembro, que era el mismísimo virrey Cisneros, lo cual ponía en evidencia la trampa orquestada por los realistas. Esa Junta del 24 de mayo duró apenas unas pocas horas. No bien se esparció la noticia –que resultó una burla a la destitución del virrey producida en la votación del día 22– el rechazo se manifestó en las calles. Los agitadores de la revolución incitaron a los disconformes a romper los bandos donde se comunicó la novedad y a correr a quienes, en nombre del gobierno, hacían conocer la maniobra tramposa. Esa misma noche Castelli presentó su renuncia, arrastrando tras de sí a Saavedra y, como consecuencia, a los dos representantes del absolutismo, por lo cual el ex virrey –que pretendía mantenerse en el poder– se resignó a abandonar el cargo. Al día siguiente, el 25, prosiguieron los disturbios y, cerca del mediodía, la presión popular concluyó con el absolutismo.

Los más decididos subieron por las escaleras que conducían al primer piso del Cabildo, portando no sólo razones contundentes sino también puñales y trabucos y exigieron el cese definitivo de Cisneros y la designación de un nuevo gobierno constituido por una Junta popular.

Belgrano participó de esos acontecimientos y fue designado vocal, al igual que su primo Castelli, mientras que Moreno ocupó el cargo de Secretario de Guerra y Gobierno. Esta tríada revolucionaria constituyó el núcleo central del movimiento apoyado por el resto de los vocales y resignadamente por Cornelio Saavedra, quien ocupó la presidencia de la Junta en virtud de ser el jefe de los Patricios.

Al día siguiente, los nuevos gobernantes asumieron los cargos y juraron. Alguien preguntó, con alta y pomposa voz: “¿Juráis desempeñar lealmente el cargo y conservar íntegra esta parte de América a nuestro Augusto Soberano el señor don Fernando Séptimo y sus legítimos sucesores y guardar puntualmente las leyes del reino?”. “Sí, juro”, respondieron los miembros de la junta revolucionaria, entre ellos Belgrano. Escribe Mitre: “Así, la Junta Patriótica se instaló en la fortaleza morada de los antiguos mandatarios de la Colonia y empezó a funcionar revolucionariamente invocando el nombre y la autoridad del rey de las Españas Don Fernando VII” (Mitre, 1858). Con el correr de los años y al rehacer el relato, muchos historiadores se sorprendieron de este juramento del cual participó Belgrano, quien juró con toda convicción. ¿Cómo explicar que quienes destronaron al virrey designado por las autoridades de la península, juraran al día siguiente su absoluta lealtad a esas mismas autoridades españolas? ¿Mintieron, acaso, quienes habían sido elevados al poder? ¿Traicionaron, al día siguiente, al mismo pueblo que las elevó a esas alturas? Para dar una explicación, el mitrismo inventó “la máscara de Fernando VII”, hoy insostenible a la luz de las ciencias sociales.

El progreso en el análisis de los sucesos sociales indica que, si se hubiese producido esa traición, los nuevos gobernantes hab-

rían sido desplazados por el torrente popular y expulsados por no cumplir su mandato, dado en las calles. Si, por el contrario, el pueblo también aceptó la fábula como forma necesaria para ser aceptados los nuevos gobernantes por el resto del mundo, esto significaría que, así como el pueblo estaba en el secreto de la fábula, el resto del mundo también estaría enterado de esa falsedad.

El poder de la clase dominante, sin embargo, permitió que ese falso relato perdurase durante décadas y aún es sostenido por algunos inocentes académicos o profesores de Historia, desorientados o con escasa experiencia política. Pero, cuando el investigador se adentra en los sucesos ocurridos en el resto de Hispanoamérica, se encuentra con otro suceso que, en principio, parece sorprendente: en casi todos los movimientos revolucionarios producidos entre 1809 y 1811 los revolucionarios que desplazaron a los jefes absolutistas juraron por el rey Fernando VII.

La naturaleza democrática e hispanoamericana de la Revolución de Mayo

El conocimiento de los sucesos ocurridos en España permite dar luz a estas aparentes oscuridades y contradicciones. Fernando VII, quien intentó en el motín de Aranjuez, desplazar al absolutista Carlos IV, su padre, asumió en su mayor parte las nuevas ideas nacidas en la Francia de 1789. Asimismo, había españoles entre los revolucionarios, lo cual significa que no era una lucha de los nativos americanos contra los europeos, sino de los que adscribían a las banderas democráticas contra el absolutismo. Recorriendo a los personajes intervinientes en distintas partes de Hispanoamérica es fácil encontrar nativos que no se plegaron a la revolución sino que, por el contrario (Tristán, Goyeneche y otros) lucharon contra la Junta de Mayo y españoles —como Matheu y Larrea—, integrantes de la Primera Junta en Buenos Aires que, siendo españoles, participaron en la revolución junto al sector democráti-

co. Es larga la lista y son varios los historiadores que demostraron que en sus orígenes la revolución de Mayo no fue un movimiento independentista ni antiespañol, sino un movimiento democrático en el cual participaron los hijos de la revolución francesa, unos nacidos en España, otros en América (el caso de San Martín es irrefutable por la españolidad que lo caracterizaba). Entre los más notorios españoles revolucionarios pueden citarse al catalán Blas Parera, Álvarez Jonte como triunviro, o a Arenales en el norte. No hay antiespañolismo en el movimiento sino antiabsolutismo. No hay espíritu racialmente americanista sino voluntad política democrática de sostener las banderas revolucionarias.

Volveremos sobre el tema cuando Belgrano hace jurar la bandera en 1812, pero por ahora entendamos que en esa junta había revolucionarios; algunos, núcleo central de la revolución, como Moreno y Belgrano. Olvidando a Castelli, Mitre sostiene: “Belgrano y Moreno eran la más alta expresión de los elementos constitutivos del nuevo gobierno, armonizados por el interés común”. Otros eran más atemperados, también había quienes no se molestaban en conciliar con aspectos del absolutismo y coincidían con sus costumbres, traicionando una y otra vez a la revolución democrática y popular.

Solo la falsedad de los intelectuales oligárquicos pudo aceptar durante tantos años esa fábula de “la máscara de Fernando VII, bajo el supuesto odio a España” —como lo predicó a Mitre— deslizando por debajo el cariño probritánico.

Alberdi fue quien con mayor claridad sostuvo la verdad, como se ha señalado. La revolución hispanoamericana fue un momento de la revolución democrática de España, y esta, asimismo, de la Revolución Francesa de 1789.

La tan poco estudiada historia latinoamericana así lo verifica también con la jura de lealtad a Fernando VII por los revolucionarios de las diversas regiones. En el caso argentino es fundamental para no caer en el dislate de que San Martín era un agente inglés, como a veces lo ha pretendido el nacionalismo oligárquico.

La historia mitrista –elaborada a gusto e interés de Gran Bretaña– explicó reiteradamente la crueldad y el sanguinario genocidio de la España conquistadora sobre la América invadida. Quién podría negarlo recordando la explotación y sometimiento de los pueblos originarios, simbolizado en el calvario de Túpac Amaru. Sin embargo, es preciso observar cómo los acontecimientos fueron tomando otro perfil, especialmente con la llegada de los Borbones al trono español y después de la revolución ocurrida en Francia en 1789 y en 1808 en España, las nuevas ideas habían prendido en intelectuales españoles y en sectores populares.

Las juntas surgidas en España, para ser leales a los principios revolucionarios, no podían mantener un trato colonial respecto a los americanos. Por esta razón, la casi totalidad de las juntas que florecieron en América, impulsadas por los sectores populares, juraron por Fernando VII y no declararon inicialmente su independencia.

Los revolucionarios de Mayo –especialmente su núcleo central integrado por Moreno, Belgrano y Castelli– debieron enfrentar no a ejércitos provenientes de España (hasta 1814) sino a las fuerzas absolutistas del virrey Abascal de Lima y de Elío, desde Montevideo. Y comprendieron la necesidad de ampliar la revolución sumando al resto de provincias americanas que estaban decididas a aplicar las transformaciones económicas, políticas y sociales que habían bebido en la Revolución Francesa.

Por este motivo, Moreno permaneció en Buenos Aires, controlando la secretaría de Gobierno y de Guerra, ratificando en los hechos sus formulaciones del Plan de Operaciones y encomendó a sus dos hombres de confianza –Belgrano y Castelli– la dirección de los ejércitos para ganar el litoral y el norte, que se le oponían.

Así fue como Belgrano resultó jefe de la expedición militar al litoral y a Paraguay, a pesar de su escasa experiencia en ese terreno.

El Plan de Operaciones

Como se ha señalado, si bien French, Beruti, Donado, Arzac, Dupuy y otros eran los jefes de la movilización popular en los días de Mayo –repartiendo estampas con la efigie de Fernando VII– Moreno, Belgrano y Castelli resultaron ser el terceto intelectual y político del movimiento. Si se busca una interpretación más profunda de esa época, Moreno era el político más avanzado y su Plan de Operaciones, tan discutido por la derecha, era el programa de la revolución.

Pasados más de 200 años, aún algunos ponen en cuestionamiento ese Plan –que todavía tiene rasgos de peligrosidad– pero es evidente que sin él no existiría revolución en 1810 y que, en pocos meses de la gestión, se concretaron sus propuestas.

El Plan sostiene: 1) en lo político: asegurar el triunfo popular enfrentando decididamente, con medidas drásticas, a los defensores del viejo régimen; 2) en lo económico, convertir al Estado en el protagonista principal del desarrollo económico, poniéndolo al frente de una economía planificada, cuyo basamento estará dado por la expropiación de los ricos mineros del Alto Perú, industrializando los recursos naturales y cerrando las importaciones a artículos superfluos, creando asimismo una empresa nacional de seguros, fábricas de armas y de pólvora, realizando una política social que signifique la distribución de la riqueza, pues “las grandes fortunas agigantadas” –como afirma el Plan– son perjudiciales para los países resultando, como el agua estancada, muy perjudiciales, porque se pudre y, en cambio, debe irrigar a los distintos sectores de la sociedad para provocar un crecimiento general; 3) ampliación de la revolución hacia el norte y el oriente.

Existe la versión –según Ignacio Núñez, en *Noticias Históricas*– de que Belgrano colaboró con Moreno en la preparación del Plan de Operaciones. Asimismo, debe notarse que el *Reglamento sancionado por Belgrano para el régimen político y administrativo y reforma de los 30 pueblos de las Misiones*, dado a conocer poco después, coincide con los principales lineamientos del Plan. En

la acción militar, intentó derrotar al absolutismo en el litoral. En lo económico y social se manifestaron proyectos avanzados, así como en la correspondencia. Como se verá, Belgrano se declaró coincidente con Moreno y hasta su seguidor, dadas “las luces” que tenía el Secretario de la Junta, por lo cual era sostenible la tesis de que haya colaborado en el Plan.

En la Campaña al Paraguay

Convencida la Junta de que debía ampliar su apoyo provocando insurrecciones en el resto de Hispanoamérica, decidió la realización de dos expediciones: una al Paraguay y la otra al Alto Perú. Para esos destinos, Moreno eligió a hombres de su cercanía política y coincidencia ideológica: Belgrano y Castelli. De este modo, el ex secretario del Consulado, abogado y periodista, se convirtió en improvisado jefe de una expedición militar.

A pesar de su escasa o nula experiencia en la cuestión, Belgrano consideró que debía asumir la tarea que le encargaban. Así señala acremente Mitre sobre esa expedición al Paraguay: “Esta expedición solo pudo caber en cabezas acaloradas que no veían sino su objeto y para las que nada era difícil, porque no reflexionaban, ni tenían conocimiento. El mismo Belgrano participó, empero de esas ilusiones, persuadido de que al solo nombre de libertad, se conmovieron los pueblos y volarían a engrosar sus filas” (Mitre, 1858: 129).

Un jefe sin experiencia militar y una tropa sin adiestramiento suficiente y mal armada llevaron a cabo esta campaña desde San Nicolás de los Arroyos, punto de partida, el 23 de septiembre de 1810, pasando a Santa Fe.

Solo su profundo patriotismo le permitió a Belgrano superar dificultades de toda índole, desde el desconocimiento geográfico y el carácter agreste de la zona hasta la insuficiencia de soldados, armamento y provisiones. Pero él entendió que no podía oponer

reparos a la confianza que le había otorgado la Junta, especialmente su compañero Moreno.

Con Mariano Moreno

La relación entre Moreno y Belgrano, en esos pocos meses, se ahondó. Basta con reproducir las cartas del epistolario belgraniano para ratificar sus coincidencias, tanto con las medidas de represión hacia el enemigo y su desconfianza a los ingleses al referirse al asunto Ramsay, así como su entusiasmo por la confiscación de una propiedad del enemigo y también porque la revolución había comenzado a instalar fábricas para producir armas y pólvora. Son pocas cartas, pero contundentes, en las cuales Belgrano reconoce a Moreno como el político más preparado de todos ellos y adhiere a sus posiciones.

Desde el litoral y ya en campaña, le escribió:

... Después de haber estado tirando al blanco, la Infantería sirvió de salva habiendo antes anunciado el motivo de cuatro palabras que dije al ejército que finalizó con ¡Viva la Patria, viva el Rey, viva la Excelentísima Junta!, se me comentó con entusiasmo por todos, todos, y anoche se han divertido los oficiales, cantando una cancioncita patriótica, que me ha gustado mucho y cuya copia remito, por si usted no la ha visto, como a mí me sucedía. ¿Y qué diré a V. para agradecerle los doscientos Patrios? Con este socorro ya nada hay que temer, créamelo, V., amigo mío, su Belgrano hará temblar a los impíos que quieran oponerse a nuestro gobierno por los lugares donde vaya el Ejército que le ha confiado y podré decir que tengo gente y gente cuyo ejemplo irá entusiasmando a cuantos los rodeen; y deje V. a mi cuidado el dejar libre de godos el país de nuestra dependencia y más allá, si es posible, ellos han de ayudar a nuestros gastos y por lo pronto he mandado rematar la estancia de uno que ha profugado a Montevideo... Haré cuanto pueda para dar a V. pruebas de que pienso como V. y por la Patria, no quedará un fusil, ni un solo hombre malo en la provincia del Paraguay y no dude V. que mi rapidez, si la Naturaleza no se trastorna, será como la del rayo para reducir a nada, si es posible, a los insurgentes de Montevideo, me quemó cuando pienso en esa canalla... Nada me dice V. de nuestro ejército del Perú, ni tampoco de nuestro Castelli. Yo espero, por momentos, según el cálculo de nuestro Juan José, embozadito en su capita, la noticia de la toma Potosí, no me la retarde.... (20/10/1810 desde la Bajada del

Paraná, Belgrano, 1970: 85).

Días después, volvió a escribirle:

Mi querido amigo: Sabio golpe ha sido el dado contra el Cabildo, debió, sin duda, llegar el tiempo de ejecutarlo, valor y adelante, que todos respeten los mandatos del gobierno y los que no, tiemblen y su espíritu desfallezca al ver la energía y el poder de la justicia. Con semejante providencia se aumentan, ciertamente mis fuerzas, pero la sombra de la Junta que traigo conmigo hace prodigios, la Junta será la vencedora, no Yo, su nombre solo con el aspecto de nuestros bravos atrae a los afectos y aterra a los malvados... Agradezco a V. infinito que me hable con franqueza y le suplico continúe con ella en un todo, pues mi deseo es el acierto pero créame que en el punto que me indica tengo tanto juego que no dejaré estar al más iracundo por castigar a los malvados y enemigos de nuestra causa, sea cual fuere su condición, crea usted que no quedará uno que pueda alterar el orden... ¡Bravo Ramsay! Pero esté usted siempre sobre sus estribos con todos ellos, quieren puerto en el Río de la Plata y no hay que ceder un palmo de grado, vengan fusiles y váyase entusiasmando la gente como hasta aquí, que les daremos en que entender a ellos y a los canallas limítrofes y a cuantos quisieren algo de lo nuestro... Pídame V. lo que quiera que estoy pronto para todo, mis ideas se conforman con las de V. y nada me anima más que el bien de la Patria, cuya inclinación conozco en usted, auxiliado de las luces que yo quisiera tener... Pierdo la paciencia, mi salud y el tiempo, que es lo peor, en tanta menudencia que no debería ser de mi resorte, si hubiera hombres y si aprendieran bien el oficio los que se dicen oficiales: sáqueme V. a Warnes, a Correa, a Artigas y algún otro. Todo lo demás no vale un demonio... No me he repuesto de mis padecimientos y tengo todos los días mil novedades; mi espíritu no se retrae por eso del trabajo, cuando observa que puede ceder en utilidad de la causa pública; sobre todo lo que más me incomoda son las terribles distancias y los obstáculos que la misma Naturaleza nos presenta casi tan desnuda de todo auxilio del arte, coma trescientos años atrás... Vengo, ahora mismo, ya es la una, de estar disponiendo la salida del resto de las carretillas y vengo rabiando porque todo es pesadez, obstáculos y en vano la sangre, para todo es preciso estar encima y ya me falta la paciencia; si Dios me da vida y nuestras cosas toman el tono que es debido, espero que nuestros ejércitos han de salir desde esa, aviados... y han de caminar con celeridad indecible (Desde la Bajada del Paraná 27/10/1810, Belgrano, 1970: 87/90).

El 13 de noviembre le escribió nuevamente, ahora desde Curuzú Cuatiá: "... No puedo decir a V. el nombre del sujeto que me pide, pero créame que aunque para hablar en su Secretaría, enciérrese en su gabinete y que no le oiga más oficial que

su dignísimo hermano, a quien dará mis expresiones... ¡Cuánto me ha complacido con la noticia de los fusiles! Adelante con esa empresa y tratar de que se consolide el establecimiento como igualmente de poner en planta una fábrica de pólvora” (13/11/1810 desde Curuzú Cuatiá, Belgrano, 1970).

Estas cartas revelan claramente la posición de Belgrano respecto de Mariano Moreno y su política revolucionaria. No sólo declaró que “quisiera tener las luces que tiene el Secretario de la Junta”, sino que expresó su adhesión a varias propuestas que se sostienen en el Pan de Operaciones (la puesta en marcha de fábricas estatales de fusiles y el proyecto sobre la de pólvora, su drástica posición respecto al enemigo absolutista aplicando medidas enérgicas como la confiscación de propiedades y, en general, la energía con que planteó su apoyo). Más aún, Belgrano percibió malas acechanzas y le aconsejó a Moreno que se encerrara en su gabinete para las cosas importantes, “con la sola compañía de su hermano”.

Dos días antes de la renuncia de Moreno, el 16 de diciembre, Belgrano le escribió a Saavedra. Fue una breve carta en la que, después de reconocer su obediencia a la Junta declarándose servidor de la institucionalidad, agregó: “¿No es posible que todavía tenemos inicuos en nuestro propio seno? Derribarlos a todos cuanto antes, ya esos levita verde o diablos que sufran cuanto antes y acabar con ellos, estoy tan irritado contra esa canalla que me exalta la más mínima especie que recuerde, pero excede el punto, cuando veo que los mismos nuestros, son nuestros enemigos, caiga sobre ellos la espada de la justicia” (16/12/1810, Belgrano, 1970: 95-96).

Más tarde, el 31 de enero, envió otra carta a Saavedra donde se aprecia, entre líneas, la preocupación de Belgrano por los sucesos del 18 de diciembre –renuncia de Moreno– y da algunas advertencias: “...las Gacetas de diciembre y algunas cartas, me alarmaron; la tardanza de los correos me hizo, más de una vez, temer lo que no quiero traer a mi imaginación; gracias al cielo me

he tranquilizado y espero no ver esas soluciones inmaduras que hubiera hecho titubear acerca del concepto que antes se merecía el gobierno; el medio adoptado ha sido por caminos que no debieron tomarse, según pienso...” (31 de enero de 1811). En la misma carta señaló: “espero que haya sido aprobado por la Junta el Reglamento para los pueblos de Misiones y se mande imprimir y se me remitan cuantos ejemplares sea posible” (31/1/1811, Belgrano, 1970: 100-101).

Efectivamente, a fines de ese año, Belgrano envió a la Junta el *Reglamento para el régimen político y administrativo y Reforma de los 30 pueblos de las Misiones*. Ese Reglamento retomaba varios de los planteos principales del Plan de Operaciones: igualdad política entre los habitantes, confiscaciones de propiedades de los enemigos, sanciones ejemplares para quienes castiguen a sus trabajadores, construcción de escuelas y reparto de tierras entre los nativos. Bartolomé Mitre le otorgó importancia de esta manera: “Belgrano afirma que cumpliendo con las intenciones de la Excelentísima Junta he venido en determinar los artículos con que acredito que mis palabras no son las del engaño con que hasta ahora se ha abusado de los desgraciados naturales, manteniéndolos bajo un yugo de hierro, tratándolos peor que a las bestias, hasta llevarlos al sepulcro entre los horrores de la miseria”. Y señala (Mitre: 1858: 139):

Por los artículos del Reglamento se declaraba a los indios misioneros la libre disposición de sus bienes que antes se les había negado; la libertad de tributos para diez años; el libre y franco comercio de todas las producciones con las demás provincias lo que estaba prohibido por España; los iguala civil y políticamente a los demás ciudadanos, manda reconcentrar las poblaciones; distribuir la tierras públicas; arregla los pesos y medidas y aboliendo los gravosos derechos parroquiales, arregla la administración de justicia; organiza la milicia de los Treinta Pueblos, determina la forma de la elección para su diputado al Congreso; prevé la conservación de los yerbales; prohíbe los castigos crueles y por último, manda formar en cada pueblo un fondo destinado al establecimiento de escuelas de primeras letras, artes y oficios. Este monumento de su filantropía, que pone de manifiesto sus ideas prácticas sobre la igualdad de los hombres, fue distribuido con proclamas escritas en lengua guaraní

Sin embargo, Mitre agrega con cierta ironía: “Mientras Belgrano arreglaba pueblos en teoría, los paraguayos marchaban sobre él con fuerzas considerables para destruirlo” (Mitre: 1858: 139).

Este Reglamento habría sido enviado a la Junta para que lo aprobase, imprimiese y repartiese, confiando en que resumía los ideales de la Revolución de Mayo. Pero cuando llegó a Buenos Aires, Moreno ya había sido desplazado. En una carta del 31 de enero, Belgrano confiaba en que la Junta lo sancionaría, pero no existen constancias que se haya aprobado, ni que haya habido contestación alguna.

La misma preocupación por la caída de Moreno manifestó Castelli el 17 de enero de 1811. Sostiene Julio Chaves que Castelli envió a Chiclana a la Capital para obtener información precisa acerca de los motivos que determinaron la separación de Moreno y para “en caso necesario, volver a dar tono a la marcha de la revolución que ellos dos, con sus íntimos amigos, habían emprendido” (Chaves, 1957: 218).

Asimismo, en todas esas cartas, Belgrano manifestó su obediencia a Fernando VII, del cual se suponía que coincidía con el ideario de Mayo y asimismo, no dejó dudas acerca de su morenismo y su angustia ante el debilitamiento de la tríada revolucionaria. Pocos meses después, al producirse el golpe del 5 y 6 de abril de 1811, Belgrano comprendió, como se verá, que el sector revolucionario había quedado desplazado y que aires contrarrevolucionarios predominaban en la ciudad-puerto.

Derrota militar y triunfo moral

Sólo la audacia y el fervor patriótico de un reducido número de sus soldados le permitieron a Belgrano el pequeño triunfo de Campichuelo (noviembre 1810) y luego avanzar hacia el norte,

donde el ejército paraguayo, mucho más numeroso y mejor armado, le impidió continuar la marcha hacia el Paraguay.

A pesar de la derrota de Paraguarí, acaecida el 9 de enero de 1811, Belgrano persistió en dar la lucha y enfrentó al ejército comandado por el general Manuel Cabañas, en Tacuarí, donde, ya en muy mala situación, se niega a rendirse: “El general patriota contestó con dignidad y con la noble sencillez de Leónidas: Por primera y segunda vez he contestado ya que las armas del rey no se rinden en vuestras manos, dígale a su jefe que avance a quitarlas cuando guste” (Mitre, 1858: 140). El general paraguayo optó por la negociación. En ella, el ejército patriota incidió en su propósito democrático liberador:

El parlamentario patriota se presentó al jefe paraguayo manifestándole en nombre de Buenos Aires que habían ido a auxiliar y no a conquistar al Paraguay, pero que puesto que rechazaban con la fuerza a sus libertadores, había resuelto evacuar la provincia, repasando el Paraná con su ejército, para lo cual proponía una cesación de hostilidades que contuviese para siempre la efusión de sangre entre hermanos (Mitre, 1858: 143).

Así, en la negociación logró transformar una derrota en un retiro honorable, dejando sembrada la semilla de las nuevas ideas que colaborarían en el replanteo que poco después abriría el camino al triunfo de Gaspar Rodríguez de Francia como líder del Triunvirato, en Paraguay, en reemplazo del gobernador Velazco.

El objetivo militar –llegar al Paraguay y sumarlo a la revolución– no había podido cumplirse. Pero la expedición había alcanzado una suerte de triunfo moral y esparcido la propuesta democrática.

Mientras tanto, en esos meses, crecía en la Banda Oriental la figura de José Gervasio de Artigas, un hombre que, en esa época, merecía el reconocimiento de Belgrano. No todo estaba perdido, pensó Belgrano, pero recibió entonces una comunicación de la Junta Grande por la que se le ordenaba abandonar la jefatura del

ejército. Fue reemplazado por Rondeau.

Desplazamiento del morenismo

A poco tiempo de su regreso a Buenos Aires, se produjo el golpe del 5 y 6 de abril de 1811, proveniente del saavedrismo, liderado por el general Martín Rodríguez y enmascarado, para darle carácter popular, por una movilización organizada por Joaquín Campana y el alcalde Tomás Grigera.

En esa época a Belgrano se le había dado como destino la Banda Oriental para unirse a las fuerzas gauchas de los orientales, que se habían insubordinado contra los absolutistas. Él se situó en el pueblo de Mercedes y nombró como segundo jefe a Manuel Artigas, dispuesto a dar pelea contra las fuerzas de Elío. Pero, producido el golpe saavedrista del 5 y 6 de abril de 1811, se le ordenó volver a Buenos Aires para ser sometido a un consejo de guerra por sus derrotas en el Paraguay.

De regreso a Buenos Aires, a Belgrano se le inició juicio, usando como excusa que no había alcanzado los objetivos de su campaña al litoral, pero la verdadera causa residía en su adhesión a Moreno, quien había renunciado el 18 de diciembre y luego había muerto, presumiblemente envenenado, durante un su viaje por mar, el 4 de marzo de 1811. Tanto Belgrano, como Castelli, así como casi todo el resto de los revolucionarios de Mayo cayeron en desgracia. La mayor parte, fue desterrada al interior del país.

El mejor testimonio de la contrarrevolución del 5 y 6 de abril lo dio Guadalupe Cuenca, la esposa de Moreno, en una carta dirigida a Mariano, sin saber que ya había muerto en alta mar, donde le relató los episodios ocurridos Belgrano (Guadalupe Cuenca, cartas a Mariano Moreno, citadas por Álzaga, 1967: 40):

... Los han desterrado a Mendoza, a Azcuénaga y a Posadas, a Larrea a San Juan, a Rodríguez Peña a la punta de San Luis, a French, Beruti,

Donado, el doctor Vieytes y Cardoso, a Patagones... Del pobre Castelli hablan incendios, que ha robado, que es borracho, hasta han dicho que no lo dejó confesarse a Nieto y los demás que pasaron por las armas en Potosí; ya está visto que los que se han sacrificado son los que salen peor que todos, el ejemplo lo tenés en vos mismo y otros pobres que están padeciendo después que han trabajado tanto... En el día, el que es tu amigo es reo y perseguido como tal, sin más delito que ser tu amigo... No se cansan tus enemigos de sembrar odio contra vos...aquí salen con que se precisa que se le haga consejo de guerra a Belgrano... Así se están portando estos sectores con el pobre.

Algunos historiadores, basándose en que el alcalde Grigera había logrado juntar a algunos quinteros para dar el golpe contra el morenismo de la Junta, le otorgan erróneamente a este movimiento un carácter popular y progresista. Pero es evidente el propósito de liquidar políticamente a la tendencia morenista, apartándose del camino de Mayo. Belgrano asistió a la represión de la mayor parte de los revolucionarios y él mismo fue sancionado por quienes ignoraron el valor y la coherencia con que se había improvisado al mando de su ejército, con escasos recursos e incluso su triunfo moral, que había producido cambios en Paraguay. Por eso, definió con toda certeza al golpe del 5 y 6 abril como expresión del conservadorismo saavedrista opuesto a su programa revolucionario: "...bribones del 5 y 6 de abril me perjudicaron y perjudicaron a la patria" (11/5/1812, Belgrano, 1970: 160). En otra carta, del 19 de agosto de 1812, le solicitó al gobierno que, entre los oficiales que irían al norte "no venga Martín Rodríguez porque estoy convencido de que no hay uno bueno de los del 5 y 6 de abril" (19/8/1812, Belgrano, 1970: 174).

Sus enemigos intentaron hacerle consejo de guerra, pero el prestigio intelectual y moral de Belgrano detuvo sus proyectos. Los oficiales que lo acompañaron en su campaña se dirigieron al gobierno en su defensa y declararon "que no había un oficial ni un soldado que tuviera la menor queja respecto al general" y que siempre lo movió "solamente la causa del amor a la justicia y salvar el buen nombre, sacrificándose en obsequio de la patria y de la gran causa que defendemos... Cuantos oficiales tuvimos la gloria de militar bajo sus órdenes empezamos a recibir sus sabias

lecciones y encontramos solo motivos para admirar no tan solo su hábil política y madura prudencia, con que todo lo componía uniendo los ánimos y llenándolos de un fuego verdaderamente militar removiendo con su alta previsión hasta los menores tropiezos con que podían retardar nuestro gran proyecto, sino también con su constancia y continuo desvelo para mantener a la tropa en la más perfecta disciplina y el heroico valor con que logró que nuestras armas se cubriesen de gloria en los memorables ataques de Candelaria, Paraguay y Tacuarí. También los vecinos de la localidad oriental de Mercedes se dirigieron a la Junta Grande reivindicando a Belgrano y solicitando que se dejara sin efecto el juicio. “...Manuel Belgrano, penetrado íntimamente de la importancia de nuestro sistema y entusiasmado con heroísmo de amor a la patria, no había sacrificio que no estimase para la libertad” (Mitre, 1858: 155).

Ante estos planteos, respecto de su elevada moral y espíritu patriótico, lo sobreyeron en agosto de 1811. Pero poco después falleció Castelli: “Lo mataron la ingratitud y la calumnia”, afirmó Manuel Moreno... Su familia quedó en la indigencia y su quinta de Núñez fue subastada... ‘Mi muy venerado Castelli, el mejor de los patriotas, padre de la actual revolución’, dijo su amigo Monteagudo y lo llamó ‘genio ilustre que dirigió los pasos de la Primera Junta’ (Cutolo, 1968, T.2: 209).

Ahora solo quedaba Belgrano y no deseaba presentarse como un díscolo que reaccionaba por la ingratitud de que había sido objeto. La revolución había tornado un curso distinto al de 1810. Entre otros, Monteagudo lo denunció desde su periódico “Mártir o libre”. El espíritu revolucionario que tuvo la revolución en sus primeros meses –bajo el impulso que le daba especialmente Moreno– había decaído. Belgrano también lo advirtió y en una declaración afirmó: “La opinión de los pueblos solo puede sostenerse por la justicia. Ellos son ignorantes por lo común pero saben muy bien lo que se les debe y acaso por su mayor ignorancia se consideran acreedores a más de lo que les corresponde”. Agrega Mitre (Belgrano, citado en Mitre, 1858: 172):

Sentadas estas bases — aconseja al gobierno que de conformidad a los principios fundamentales del buen gobierno, observando el estatuto jurado... castigando severamente toda infracción y entregando a la ejecución pública a los que ultrajan la dignidad de los pueblos, violando su constitución. Explica el disgusto de los pueblos por la falta de observancia de estas reglas y por la impunidad de los que lo han hecho padecer aún más que en la época colonial, por lo que viendo que no habiendo quien ponga freno a la iniquidad, miran con desprecio las promesas que les son favorables. “Por último, propone varias medidas... entre otras, facilitar el cultivo, el consumo y la extracción de frutos del país, adelantar sus manufacturas, aumentar su población... medios por los cuales recobrarían sus primeras esperanzas, retomaría vigor el Estado, se aumentarán notablemente los recursos y se desterrará la ociosidad tan común en nuestro suelo y lo que era más arduo, se logrará levantar el espíritu de los pueblos abatidos o enconados y atraerlos a la causa de la libertad, comprometiéndolos en la revolución.

Más allá de esta disidencia, Belgrano mantuvo su obediencia al gobierno, prefiriendo someterse a la institucionalidad de la Junta, sin sumarse a una creciente oposición que ya se manifestaba. Pero quienes desconfiaban de él no dejan de hostigarlo y, al restituirle la condición de general, después del juicio que pretendía condenarlo, optaron por darle mando, pero en el regimiento que le era más adverso: el de Patricios, fuerza que había respondido a Martín Rodríguez y a Saavedra —sus adversarios— donde fue recibido con desagrado.

Al poco tiempo, su decisión de que los patricios no usaran más trenzas provocó una sublevación de las tropas, que pasó a la historia como “el motín de las trenzas”, aunque ese alzamiento fue sofocado drásticamente: varios cabos y sargentos fueron fusilados. Sólo quedaba Belgrano de aquella tríada revolucionaria de Mayo, con un importante prestigio moral por su conducta y su compromiso de servir a la Patria. En esas condiciones, prefirieron alejarlo de Buenos Aires: lo enviaron como jefe de una compañía encargada de defender a Entre Ríos y Santa Fe de los intentos provenientes de la costa oriental, definida por la causa absolutista. Es decir, lo retornaron al ámbito geográfico donde fue derrotado y a cargo de una fuerza militar sumamente deteriorada en su orden material y su temple militar.

Consecuente con su decisión de servir a la Patria en cualquier condición, Belgrano aceptó. El 24 de enero de 1812 partió hacia el litoral para ocupar su cargo. Antes, sin embargo, manifestó (Carta a Bernardino Rivadavia, influyente secretario del Primer Triunvirato, citada en: Mitre, 1858: 175):

Siempre me toca la desgracia de que me busquen cuando el enfermo ha sido atendido por todos los médicos y lo han abandonado: es preciso empezar con el verdadero método para que sane y ni aún para eso hay lugar, porque todo es apurado, todo es urgente y el que lleva la carga es quien no tuvo la culpa de que el enfermo moribundo acabase... Bastante he dicho y bastante he demostrado con los estados que he remitido. ¿Se puede hacer la guerra sin gente, sin armas, sin municiones, ni pólvora, siquiera? Usted me ha ofrecido atender a este ejército, es preciso hacerlo y con la celeridad del rayo, no por mí, pues al fin mi crédito es de poco momento, sino por la patria.

Bibliografía

- AA.VV. (2020). "El pensador que combatió por la Patria" en *Revista Caras y Caretas*, Buenos Aires.
- Alberdi, J. B. (1962). *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Buenos Aires: Editorial Fernández Blanco.
- Alzaga, O. W. (1967). *Cartas que nunca llegaron*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Amuchástegui, A. J. (1968). *Crónica Histórica Argentina*. Buenos Aires: Editorial Codex.
- Balbin, J. C. (1960). "Observaciones y rectificaciones históricas a la obra 'Memorias Póstumas' del general don José María Paz" en Comisión Nacional Ejecutiva del 150° aniversario de la Revolución de Mayo. *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época*. Buenos Aires: Senado de la Nación Argentina., Tomo II.
- Belgrano, M. (1965). "Autobiografía" en Comisión Nacional Ejecutiva del 150° aniversario de la Revolución de Mayo. *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época*. Buenos Aires: Senado de la Nación Argentina.
- Belgrano, M. (1970). *Epistolario Belgraniano*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Cánepa, L. (1953). *Historia de los símbolos nacionales argentinos*. Buenos Aires: Editorial Albatros.
- Chaves, J. C. (1957). *Castelli, el adalid de Mayo*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.
- Comisión Nacional de Homenaje Juan W. Gez, (1920) *Biografía del General Manuel Belgrano, fundador de la independencia nacional. Pensamiento y acción*, Buenos Aires.

- Cutolo, V. (1968). *Nuevo diccionario biográfico argentino*. Buenos Aires: Editorial Elche.
- de Gandia, E. (1960). *Historia del 25 de mayo*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- de Miguel, M. E. (1995). *Las batallas secretas de Belgrano*. Buenos Aires: Ediciones Seix Barral.
- Elorza Villamayor, R. (2012). *Manuel Belgrano, líder, ideólogo y combatiente de la revolución*. Buenos Aires: Ediciones Fabro.
- Estrada, M. (1966). *Belgrano-Anchorena en su correspondencia*. Buenos Aires: Ediciones Estada.
- Frías, B. (1955). *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta o sea, de la Independencia Argentina*. Salta: Rómulo Duva. Tomo IV.
- Galasso, N. (2000). *Seamos libres y lo demás no importa nada, Vida de San Martín*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Garin, J. (2010). *Manuel Belgrano, recuerdos del Alto Perú*. Buenos Aires: Editorial Dunker.
- González Calderón, J. (1940). *El general Urquiza y la organización nacional*. Buenos Aires: Editorial Kraft.
- Mitre, B. (1858). 'Historia de Belgrano y la independencia argentina. Buenos Aires: s/d. De Marco, M. A. (2012). *Belgrano, artífice de la Nación, soldado de la libertad*. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- Nuñez, I. (1952). *Noticias históricas*. Buenos Aires: Ediciones La cultura argentina. Tomo I.
- Paz, J. M. (1954). *Memorias Póstumas*. Buenos Aires: Editorial Amanueva. Tomo II.

Pigna, F. (2016). *Manuel Belgrano, el hombre del bicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Planeta.

Solá, G. (2005). *El gran bastión de la Patria*. Buenos Aires: Editorial Maktub.